

dicho: "lo que hiciereis por los pobres, lo recibiré como hecho á mí mismo," y esto basta para que el clero agradezca cuanto se hace en beneficio de todos y mire á su autor con el respeto que se merece el hombre que Jesucristo así bendice.

CAPITULO III.

ESCANDALOS, HEREJÍAS, LOS FREIRES Y LOS FRAILES.

Estamos en el caso de tratar una materia, tal vez la mas combatida en nuestro siglo; vamos á defender una clase que nos toca muy de cerca, á la que cuanto somos en el mundo, y cuanto valemus en la sociedad debemos. Individuos del clero regular, en un convento del gran padre San Francisco nos admitió la caridad, y sin merecerlo, aquellos buenos religiosos nos honraron admitiéndonos en el número de sus hermanos; guarecidos en aquel puerto de salvacion fuimos por ellos amamantados en la ciencia y educados en la virtud; allí acogieron la pobre barquilla de nuestra alma, y la enseñaron á combatir las pasiones, á luchar con los vicios, allí, en fin, la prepararon

un asilo contra las tempestuosas olas del mundo; y allí, no contentos con esto, nos pusieron en disposicion de ser útiles á nuestros hermanos, á la humanidad y á la civilizacion, empleando en su obsequio el talento que para bien de los hombres y negociar en lo mas interesante, en nuestra salvacion y la de todos, fué Dios servido darnos. ¡Ojalá que en el dia que nos pida cuenta de tan hermoso depósito, halle que con él hemos negociado lo bastante para merecer su indulgencia y que no hemos sido del número de los siervos que hemos escondido bajo tierra el dinero que puso á nuestra disposicion! ¡Ojalá que la educacion que aquellos venerables sacerdotes nos dieron, no la háyamos perdido! ¡Ojalá que practiquemos la virtud que nos enseñaron! Pero estamos muy distantes de haberlo hecho. Nos hemos apartado muchas veces del camino á que sus consejos nos guiaban; hemos faltado muchas veces al ejemplo que nos dieron; en muchos casos hemos olvidado su doctrina, y si un agradecimiento eterno y reconocido puede borrar tanta ingratitud, en él solo y en su caridad esperamos indulgencia.

Mis lectores juzgarán inútil lo que acabo de escribir, por ser una manifestacion enteramente personal; mas yo les suplico me la dispensen, y perdonen al corazon el haber aprovechado este momento para espaciarse. Voy á hablar de los frailes, y soy fraile; de mis padres, y soy hijo; de

los que me criaron y dieron el sér religioso y social; y si alguna vez les he faltado, quiero que conste que de ello estoy arrepentido, y si no les he faltado, que como hombre agradecido publico los favores y beneficios que les debo. ¡Ah! ¿No mereceré de mis lectores esta indulgencia? Creo que sí. Estamos perseguidos y dispersos como las piedras del santuario; somos la imágen de la ciudad de Jeremías, hollada y despreciada de todos, hasta de los mismos á quienes hemos favorecido; la mano del Señor pesa sobre nosotros, y quiere que apuremos hasta las heces de la ingratitud; ¡sea su nombre bendito! ¡alabemos sus misericordias, porque misericordias son los castigos con que nos quiere ver corregidos volver á su redil, por eso dice David: "Tú me oprimiste, y yo quedé instruido!"

Creo haber dicho lo bastante para que en este capítulo se considere que voy á hablar en causa propia; que al corazon herido, es fácil, al renovarse con el recuerdo el dolor, pasar los límites á que debiera circunscribirse; yo solo puedo prometer hacer lo posible por contenerme en ellos, si no lo consigo es efecto de mi debilidad, y de que no he clamado el auxilio divino con el fervor y fé que debo, no puedo ser mas franco: la culpa de cuanto malo contenga este escrito es mia; lo que haya bueno es debido á la gracia del Señor que me ha iluminado y dirigido mi pluma: con esta

convicción, con esta esperanza, fiados en este auxilio vamos á emprender nuestra tarea, no sin pedir al Señor una caridad tal que borre hasta el mas pequeño átomo de resentimiento, hasta la mas mínima idea de odio, hasta el último vislumbre de venganza. No buscamos en nuestro escrito mas que el triunfo de la verdad y de la justicia; solo queremos defendernos de los crímenes que se nos imputan, pero defendernos sin ofender, defendernos sin acrimonia, defendernos sin pasión; queremos que nuestros hechos respiren caridad, que nuestras palabras sean de caridad, que en nuestra pluma brille la caridad, virtud hermosa; ¿qué fuera sin ella el mundo? ¿qué fuera el hombre? El demonio es desgraciado porque nunca podrá tenerla, abracémosla nosotros para ser felices. En el amor está la felicidad, amémonos mutuamente y seremos dichosos: mi deseo es, y el origen de todos mis pensamientos, que el mundo sea el esclavo del amor cristiano, el siervo de la caridad, es mi virtud mas querida, la mas encomiada en el Evangelio, la que mas practicaban y me enseñaban los frailes. . . . ¡quizá por eso es la que menos tengo! ¡quizá es la que mas veces quebranto! ¡miserable condicion del hombre, ni aun su propio deseo puede satisfacer, y hasta el ejercicio de la virtud mas hermosa le cansa y le abruma! ¡todo lo bueno le sirve de rémora! Quiera el Señor que convertidos hácia él, amemos

y obremos todos lo bueno, lo honesto, lo útil, lo santo. Entremos en la materia ya es tiempo.

Todo el mundo sabe con cuánta acrimonia y encarnizamiento se ha hablado en el presente siglo de los frailes; nadie ignora que se han ridiculizado su traje, sus penitencias, sus mortificaciones, su regla; las almas piadosas los han visto escarncidos, burlados, siendo el objeto de todas las ignominias y afrentas, el blanco de todas las persecuciones y el fin á que todas las sátiras, todas las burlas, todos los dieterios y todas las acusaciones se dirigian; y por último, es público que se nos conceptuó enemigos y perjudiciales á la sociedad, que como tal se juzgó por el mundo, que el furor creció, que el odio intrigó, que la ira llegó al último grado, y la historia del año de 1834 aparecerá siempre como un testigo de horrible recuerdo del extremo á que llegó el furor. . . . Nosotros no debemos, no podemos recordar suceso tan infausto; y mientras lloramos su consecuencia y acudimos al pié de los altares implorando el perdón de los perpetradores, y pidiendo por el descanso eterno de los mártires, dejamos á la historia el cuidado de pintar los sucesos y calificarlos. Corramos un velo sobre el presente, mientras penetrando el arcano de los tiempos pasados y rasgando las tinieblas que los celan á nuestra vista, presentémoslos á los ojos de nuestros hermanos, pero presentémoslos bajo su verdadero punto de vista.

Trasladémonos á los tiempos remotos; consideremos los siglos primeros en que aparecieron los frailes; analicemos su estado, los males que los hicieron célebres, las calamidades que afligieron la Iglesia y el Estado, las desgracias que pesaron sobre los pueblos; y á vista del cuadro que nos presenten, consideraremos y podremos juzgar, si la institucion de los frailes era ó no necesaria á la sociedad, si la prestó auxilios, si continuó pres-tándolos; en una palabra, si han sido útiles á la sociedad, ó inútiles, como quieren nuestros enemigos.

Teniendo presente este cuadro, es como estaremos en disposicion de juzgar la causa, que es hoy la fábula del mundo, mejor que oyendo á los que sin criterio ni exámen los acusan y condenan, á los que por ignorar la historia, quizá con malicia, los vejan y deprimen; á los que los insultan, á los que los persiguen, á los que. . . pero dejemos estas consideraciones que pueden precipitarnos ó llevarnos mas allá de lo que queremos y la caridad nos manda, y entremos en el trazado que nos hemos impuesto; recorramos con imparcialidad los hechos; meditemos los sucesos que envolvian el mundo en un caos de miserias y horrores, en laberinto de desórdenes é injusticias, y hacian de él una sentina donde los vicios dominaban, la virtud era esclava, y la santidad escarnecida y hollada: consideremos el panorama triste y escuálido de

esos siglos en que nacieron los freires y los frailes, y veremos cuánta necesidad tenian la civilizacion y la humanidad de unos institutos que, consagrándose á su servicio y defensa, librasen tan caros objetos del cataclismo que los amenazaba, del furioso huracan que, envolviéndolos en su torbellino, los arrastraba á su ruina. El mundo moral era un vasto campo de batalla donde todas las pasiones se agitaban, donde todos los vicios luchaban, donde todos los crímenes se perpetraban á la sombra del desenfreno que protegian las armas, que escudaba la fuerza y que alentaba la impunidad. ¿Y no era admirable que en medio de tanta disolucion apareciesen almas puras, no contaminadas, que en alas de su caridad se propusiesen su reforma, la salvacion de la humanidad, el progreso de la civilizacion? Del mundo y de ellas vamos á ocuparnos, y al lado de los desórdenes y vicios de aquel, vamos á presentar las virtudes de éstas; solo así podemos presentar la causa bajo su verdadero punto de vista, ilustrar á nuestros lectores y darles antecedentes para que puedan juzgar con rectitud; solo pedimos á nuestros lectores, amigos ó enemigos, imparcialidad y criterio; para todos escribimos, y nuestro fin es la verdad; á todos oiremos, á todos prometemos contestar; si encuentran alguna inexactitud y nos la demuestran, nos hallarán dispuestos á rectificarla; porque, repetimos, que anhelamos solamente el triunfo de la

justicia y de la inocencia, pero no le queremos por otros medios que por los de la verdad y de la justicia. Despues de esta manifestacion, no creemos oportuno hacer más salvedades ni protestas; así, pues, vamos á emprender nuestra tarea y presentar primero el cuadro del mundo respecto á religion, y le veremos hereje; segundo, respecto á moral, y le hallaremos escandaloso; tercero, respecto á política, y le encontraremos sedicioso y turbulento. ¡Tan negro es el cuadro que presenta! ¡Tan duras calificaciones merece! Ya pueden considerar nuestros lectores lo triste de nuestra situacion y prepararse para sufrir y prepararse más para alabar al Señor, que si permite los males en el mundo su justicia, tambien sabe su misericordia ocurrir á su remedio, porque quiere vernos, corregidos, adorarle.

Hemos dicho que eran siglos herejes, y estamos en el deber de trazar un cuadro de las herejías que en ellos aparecieron y turbaron los reinos y aquejaron la sociedad. Empecemos, pues: en ellos consultando á la historia hallamos á la silla apostólica envilecida, negada la obediencia al Vicario de Jesucristo, traspasados, quebrantados los cánones, el derecho eclesiástico desatendido y despreciado, la disciplina corrompida y la facultad de consagrar y absolver concedida á todos. Doctrinas y hechos que horripilan, y que solo pudo pensar el infierno y abortar y propagar Waldo.

De su escuela salen genios no menos malévolos y atrabiliarios que condenan el estudio de las letras divinas, contentándose solo con la inspiracion secreta. Por este tiempo la impiedad camina sin freno y resucitan los errores de Arrio y Nestorio, se anticipan los de Lutero y Calvino; y á la voz de Olivario aparecen los albigenses, mezcla confusa de tan impías y disolventes doctrinas, verdadera emanacion de los herejes dichos, reproduccion pestilente de los nicolaitas, que con una obscenidad execrable, se revuelven en el lodazal de la impureza, mezclándose en vergonzosa y execrable confusion hijos con madres, hermanas con hermanos y padres con hijas, á favor de la oscuridad y de las tinieblas en tristes y repugnantes orgías. En ellos aparecen los delirios más groseros y las calumnias más atroces: los primeros son la obra de Amalrico Cartonense y de David Dinami; las segundas salen de las plumas de Guillermo de Santo Amore, Juan de Oliva y Juan Poliacco; en pos de éstos aparecen el autor del *Evangelio eterno*; los stadingos, los circunceliones y flagelantes, animados por un fanatismo que todo lo atropella y nada perdona, cometen toda clase de escándalos, hacen sufrir á la humanidad toda clase de desgracias y oponen un dique á la civilizacion. Vienen luego en tropel, armados de doctrinas infernales, aumentando el desorden y confusion que habian sembrado los referidos, un Juan de Mercuria, un

Nicolás de Ultricuria, un Arnaldo de Villanueva, un Ceco Asculano, un Gerardo Legatelo, un Marsilio de Padua, un Dulsino, un Ekardo, un Guidon, un Hermano, un Simon, un Jandunio y otra infinidad de genios del mal revestidos de la forma de hombre, que nada perdonan, todo lo corrompen, todo lo confunden, todo lo atropellan, cuyas doctrinas affigieron la Iglesia, turbaron la sociedad y sembraron en el mundo la confusion y el desórden: vienen luego Patarenas y Cataros turbando el sosiego de la Lombardía y sembrando en sus fértiles comarcas el terror y el escándalo; de modo, que en todo el Occidente la voz del error se dejó oír poderosa y aterradora, y la mentira se dejó ver en todo su apogeo, en su formidable deformidad, al mismo tiempo que en Oriente los maronitas y georgianos renovaban los dias de confusion y tristeza de los siglos turbulentos de arrianos y nestorianos. Tal es el cuadro del mundo religioso en estos tiempos y tales las desgracias de la Iglesia: queda, pues, en conjunto probado, que eran herejes estos siglos, que tenian necesidad estos enemigos de huestes que los derrotasen, y la cristiandad de adalides esforzados que la sostuviese; despues esplanaremos cada herejía de por sí y los males que á la sociedad y á la civilizacion atrajo para que se vea si fueron ó no útiles los frailes á estos objetos.

Si del mundo religioso pasamos al mundo mo-

ral, si en este terreno queremos contemplar estos siglos y trazar su cuadro y vestirle con pinturas, le hallaremos tan deforme como el mundo religioso, tan descarnado, tan horripilante; por mas que la poesía se empeñe en su descripcion, y las mas hermosas tintas en su adorno, nunca encubrirán su denigrante fealdad, y siempre resultará que los adornos lejos de encubrir harán resaltar mas y mas el escándalo, y el cuadro se asimilará á un muladar cubierto de nieve, cuya blancura no encubre su fetidez y repugnante aspecto. Contemplando el mundo moral, ¡qué de escándalos se agolpan á la imaginacion! ¡qué tristes recuerdos al alma! ¡qué horrible idea al entendimiento! Superémoslas todas, avoquémonos á su esplanacion, entremos en el exámen de los hechos, presentémoslos con imparcialidad para sacar con rectitud las consecuencias. Reyes al frente de los Estados escandalizándolos, y al mundo con su relajada conducta: tal es Filipo de Francia, que repudia á su legítima mujer Idelberga, y á pesar de las recriminaciones de los prelados y de la excomunion del nuncio, no solo sigue en su mal camino, sino que lleva el esceso hasta el extremo de castigarlos á todos; en España vemos hermanos alzarse contra sus hermanos disputándose el trono, y los Laras y los Haros en Castilla; la privanza de D. Alvaro de Luna, los escándalos de D. Pedro I y todos los demas sucesos que han hecho de esta

época una página triste de la historia, nos prueban que la depravacion triunfaba: pasando á Navarra vemos los mismos desórdenes, y en Aragon tambien el vicio tenia su asiento; recorramos un poco mas las crónicas de los pueblos: Inglaterra nos ofrece sus páginas escandalosas, Alemania las suyas, Polonia sus desafueros, Hungría sus maldades, é Italia. . . . Italia es el cúmulo de todos; allí no se vuelve una hoja ni se recorre una línea sin hallar un repudio, un envenenamiento, un rapto, un asesinato, un hurto; así estaba el mundo moral; en todas partes dominando el vicio, el crimen triunfante, la disolucion y el libertinaje en su trono, el descaro mandando, el apetito y las pasiones en su apogeo, el pecado en su elevacion. Tal es el estado del mundo, la constitucion de las gentes, la crisis de las costumbres, el ascendiente de la maldad y la situacion de la Iglesia. El mundo moral era objeto lastimoso, caminaba á su ruina, á su perdicion, todo en él se habia corrompido, nada habia que pudiese presagiar un porvenir lisonjero, un dia halagüeño: en tal borrasca no se veian sino tinieblas, y en vano se esperaba con ansiedad el sol que iba á desterrarlas.

Veamos ahora si el mundo político se nos presenta con mas halagüeños colores; veamos si en él podemos esperar mas bellos matices, mas ilusorias esperanzas. En estos siglos la paz habia abandonado la Europa, y en todas partes guerras

y sediciones se anunciaban, por do quier el aspecto de la muerte, por do quier el ruido de los combates. Los moros dominaban á España, los judíos ejercen la usura, los príncipes cristianos convierten unos contra otros sus armas. En Alemania, Federico II niega la obediencia al pontífice, y obliga á Alejandro III á refugiarse en Francia, y sienta cuatro antipapas en la silla de S. Pedro; no contento con esto atropella al pontífice, aprisiona al obispo de Salerno, lleva la guerra al reino de Nápoles é invade la Sicilia llevándose sus reyes prisioneros á Alemania, sin respetar la debilidad de una mujer, ni la tierna edad de un niño: en Capua arrastra á Ricardo, conde de Serna, saca los ojos á Margarito Amianto, corona con leznas y acaba con la familia de un ciudadano que se atrevió á proclamar libertad. Oton, excomulgado por el concilio de Letran, acude á las armas para deshacer con el sable la excomunion de la Iglesia. Eran los siglos de la fuerza y de las intrigas, y se consideraba mas político el que mas podia; testigos los disturbios que agitaron la Europa; testigos las pretensiones de los franceses á la Sicilia; testigos las intrigas de las casas de Anjou y Aragon al reino de Nápoles; testigos las de la de Lancastre al de Castilla, y la de Yord á varias provincias de la Francia: el mundo político no estaba mejor que el religioso y el moral, el cuadro que presentaba podia muy bien ponerse alla-